

# «La mujer en Quevedo». III Congreso Internacional Francisco de Quevedo desde Torre de Juan Abad

José Luis Rivas Cabezuelo  
Presidente de la Fundación Francisco de Quevedo.  
presidencia@franciscodequevedo.org

David Felipe Arranz  
Universidad Carlos III de Madrid.  
davidfelipe.arranz@gmail.com

[*La Perinola*, (ISSN: 1138-6363), 16, 2012, pp. 11-13]

Tras celebrar el primer asedio congresual a los dominios *quevedianos* y la segunda edición dedicada a los paisajes de su vida y de su obra, creímos que era hora ya –la hora de todos– de revisar un lugar común sobradamente extendido a nivel popular. Una losa pesa sobre Francisco de Quevedo, una mala fama que lo ha venido acompañando durante todo su periplo como genio del idioma: las gentes dicen con firme convicción, cada vez que oyen hablar de Quevedo, que el autor de *El Buscón* era un consumado e irredento misógino, un caduco machista, un enemigo declarado de la mujer.

En nuestros días, la lucha de la mujer por ocupar un lugar de igualdad en la sociedad junto al hombre continúa y aún queda mucho por hacer, desde que Aristófanes escribió *Lisístrata*, una comedia en la que las mujeres ponen fin a las guerras atenienses («Muchas mujeres ha laureado la guerra», escribe Quevedo en la *Vida de Marco Bruto*). Pero el dramaturgo griego también satirizó el papel de la mujer en *La asamblea de las mujeres*, tras apostar por ellas –y estamos seguros de que así fue– como la mejor opción de gobierno: los grandes sabían que no hay tesis sin su antítesis, ni defensa sin su compensación desmitificadora. Hoy, en lo tocante a nuestro poeta, se sigue juzgando el todo por la parte, la sátira por el monumento ético y filosófico que constituye su obra y, puesto que al pueblo le sobran etiquetas, algunos han convertido al madrileño en el blanco de sus saetas.

No se nos ocurría otra forma mejor de esclarecer este ruido que convocando un congreso en torno al *leit motiv* de «La mujer en Quevedo», con el fin de aclarar en la medida de lo posible este controvertido punto, sobre el que tanto se ha opinado. Durante los días 10 y 11 de sep-

tiembre de 2010 contamos en la Torre de Juan Abad con estudiosos de la vida y la obra de Quevedo, españoles y extranjeros, que debatieron apasionadamente sobre la presunta misoginia del vate y su explícita admiración por la mujer, alabanza volcada en sus versos: participaron en estos coloquios Ignacio Arellano, Adrienne L. Martín, Emmanuel Marignó, Diana Eguía, Alicia Gallego, María Vallejo, Marie Roig Miranda, Alfonso Rey, Alberto Blecua, Lina Rodríguez Cacho, María José Alonso Veloso, Ana Suárez Miramón y Carmen Peraita Huerta. Ellos abordaron los modelos femeninos, el cuerpo femenino y el concepto erótico en su lírica, la imagen de la mujer en un corpus de ediciones ilustradas de los siglos xx y XXI, la mujer en los *Sueños*, el erotismo en su poesía amorosa y los objetos del deseo, las mujeres bíblicas y sus modelos y funciones, el enigma de la Lisi de Quevedo, su pensamiento amoroso, las destinatarias epistolares de Quevedo, las batracias y las hembrilatinas, la misoginia y la tradición, la tradición del *Carpe diem* y de la amada envejecida, los retratos de mujer en la poesía quevediana, la relación entre Quevedo y Ana de Castro Egas sobre el proyecto de la *Fama póstuma*. . . todos, en definitiva, excelentes trabajos que se contienen en este volumen especial de *La Perinola* y que la generosidad del Grupo GRISO, coordinado por Ignacio Arellano y editado por Enrique Duarte, ha hecho posible.

Quisimos contrastar estas voces autorizadas alrededor del enigma que se oculta tras sus musas poéticas —Florís, Lisi, Floralba, Laura, Aminta, etc.— o, incluso, más terrenales, como su mujer Esperanza de Mendoza o la Ledesma, con la que anduvo amancebado y tuvo hijos; y, sobre todo, fue nuestro deseo reconstruir el perfil de su ideal femenino a partir de su maestría absoluta en el género de la poesía amorosa.

Porcia, la mujer de Marco Bruto, nos es presentada por Quevedo como aquella que desmintió la supuesta flaqueza de su sexo. Pero también las doncellas cecinas desfilan por entre sus *Sueños* y fantasías morales junto a las viejas afeitadas, las señoras visitadoras y las madres disimuladoras; sabemos que era enemigo de toda ambigüedad, de los maridos mujeres y de las mujeres maridos, y que se anticipó a la crítica contra la cirugía plástica al asegurar que era necesario que la mujer «traiga sus miembros cabales naturalmente y sin artificio», que «más quiere ver una mujer sin narices propias, que caerse las ajenas en la primera ocasión de placer». Incluso, como mediador familiar afirmó con sorna que era necesario que en el matrimonio la mujer «no traiga consigo padre, madre, hermanos ni parientes, pues su intento no es casarse con ellos, sino sólo con la novia». Acaso Quevedo fuera un enamorado del Amor: «¿Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer, que nació para amada del hombre?», pregunta el viajero y peripatético protagonista de los *Sueños*, que representa la voz del autor.

Al igual que don Francisco, no queremos ser malquistos con las damas, sino enemigos de toda gente hipócritona. Si los públicos aplauden el divertido y lúcido diálogo que sobre la mujer mantienen los pajes

Speed y Lance en *Los dos caballeros de Verona*, de Shakespeare, queremos saber por qué la recepción de los lectores del Quevedo más satírico y crudo sobre la femenina condición ha resultado en su mayor parte bien diferente. Toda reprensión moral bajo el traje del humor conlleva tras la risa mucha crudeza y un deseo de cambio social; también el ser autor de los que son probablemente los versos de amor más bellos e intensos de nuestras letras y de que nos separen cuatrocientos años de usos y costumbres, hace que la cuestión femenina en Quevedo revista un carácter y una consideración especiales.

Dimos por bueno nuestro empeño al terminar las jornadas celebradas bajo el signo de Venus, en las que nos asomamos a este enigma tan esquivo y descubrimos a la mujer cantada o satirizada por Quevedo, así, en abstracto, y también en concreto; esa mujer que se ha ocultado y que muchos han escatimado, tras la aguda y profunda escritura del genio.

